

Nada de lo que me enseñaba y me decía me interesaba, ni siquiera una larga disertación que me hizo sobre la fabricación del mezcal (1) y de la perfección de un alambique que teníamos á la vista. La tienda de la hacienda fué lo único que me sacó de mi indiferentismo, quedándome en éxtasis delante de aquellas pilas de latas de sardinas en aceite, longanizas y bien curados jamones, que para mí en aquel momento presentaban encanto sin igual, haciéndoseme la boca agua. De nada sirvieron mis esfuerzos para llevar la conversación sobre la manera tan especial que tenían en las haciendas de curar la carne de puerco y que yo pensé podría conducir á que se me invitase á dar mi apreciación sobre las que había en aquella tienda; pero desgraciadamente mi *cicerone*, como su padre, también se había desayunado, y hube de continuar mi paseo á través de aquellos interminables magueyes.

El hacendado al fin vino á mi encuentro,

(1) Aguardiente mexicano producido por la destilación del jugo del maguey.

no para anunciarme que era la hora de la comida, sino para enseñarme la capilla donde se hallaban sepultados sus antepasados, lo que me hizo reflexionar cuán dulce debe ser la muerte para aquel que sufre las torturas del hambre. Terminada la visita de la capilla, y sin duda á guisa de aperitivo, mi martirizador me propuso subiésemos al campanario á fin de que yo pudiese apreciar el panorama que desde el mismo se disfrutaba. No tuve más remedio que seguirle por empinada escalera, que tenía más peldaños que plantas de maguey la hacienda, y al fin llegamos á ver el término de aquel «vía-crucis»; pero la desgracia me perseguía, pues al ir á franquear la puerta resultó que estaba cerrada con llave y esta no parecía. Hubimos de bajar é ir en busca de un mozo de infausta memoria, llamado Atonogenes, que era el encargado de la llave.

Jadeante ascendí por segunda vez aquella interminable y empinada escalera; pero ¡horror! al introducir la llave en la cerradura resultó ser la de la cuadra!

Al bajar de nuevo maldecía yo para mis adentros al campanario, á Atonogenes y sobre todo al hacendado, á quien tímidamente propuse sería mejor hacer tan *interesante* visita después de comer; pero me contestó:

—No, Sr. Pastor; este pequeño ejercicio le abrirá á V. el apetito!

Una vez en posesión de la llave y sacando fuerzas de flaquezas hice la tercera ascensión. Esta vez la llave jugó en la cerradura, abrióse la puerta y nos hallamos ante una serie de pequeñas azoteas, al final de las cuales y en una algo más elevada se hallaba el campanario. Mi hombre saltaba de una azotea á otra con la agilidad de un gato montés. Yo que no reuno esa cualidad y que además tengo mal pié marino, tardé algo más que él en llegar al final de mi suplicio «Avance, amigo Pastor, me decía, y »dígame si este panorama no es maravilloso».

Lo maravilloso fué que, dado mi estado de ánimo, no lanzase yo aquel hombre al vacío!!

Como todo llega, llegó la hora de comer; pero hasta en esto la fatalidad había de perseguirme aquel nefasto día, pues dada mi antipatía al chile, aquella comida me recordó la fábula del zorro y la cigüeña. Tengo bien presente el menú, que fué como sigue:

Sopa de tortilla (1).

Cocido con salsa de chile.

Chiles rellenos.

Enchiladas.

Tamales con chile.

Frijoles.

Queso enchilado.

Aquella comida fué una serie de sinapismos en mi estómago, creyendo inútil añadir que iba acompañada de tortillas en vez de pan, y hube de contentarme con beber agua por no querer hacer nuevos ensayos con el pulque.

A las ocho de la noche llegué á México. De la estación fuí al restaurant de la Concordia, recorriendo todos los platos que había en lista.

(1) Pasta compuesta de harina de maíz.